



ARMANDO ROMERO, LA GEOMETRÍA DE LO

JOSÉ ÁNGEL LEYVA (JAL): ¿Por qué se dice que el nadaísmo era en sí un movimiento disruptivo y violento?

ARMANDO ROMERO (AR): Era una acción violenta contra la violencia. Es decir, su expresión tenía que ver con violentar las conciencias, con sacudir esquemas sociales y mentales que promovían la inamovilidad y el odio, la visión pacata de la vida. La violencia del nadaísmo se basaba en el escándalo y en la trasgresión desde la provincia como una respuesta contra el centralismo bogotano, contra el canon oficial de la poesía colombiana que mantenía inmutable y en un pedestal al modernismo. Pero el nadaísmo no nace

como un movimiento estético o ideológico, sino vital, existencialista. Poco a poco, en la marcha, se convierte en una aspiración literaria. Muchos de los miembros fundadores no eran escritores ni intelectuales, venían de los bajos fondos, algunos habían salido de prisión. De esos solo recuerdo a uno con aprecio, al loco Lalinde. Cuando yo me incorporo, ese movimiento vitalista ya había adquirido tintes de movimiento literario, pero antes de eso sólo era acaso un impulso existencial.

JAL: Se habla mucho de la influencia *beatnik* en los movimientos vanguardistas latinoamericanos de los años sesenta, ¿cuál es tu opinión al respecto?

YASODARI SÁNCHEZ // ÍNDICES DE MANO Y OBRA / 475 DEDOS DE MIGRANTES
CENTROAMERICANOS EN YESO CERÁMICO, 2015 // DUOTONO

INVISIBLE

◆ JOSÉ ÁNGEL LEYVA

Armando Romero nació en Cali, Colombia, en 1944. Fue uno de los miembros más jóvenes del grupo nadaísta, junto con Jan Arb, hermano de otro de los miembros fundadores más activos, Jotamario Arbeláez. Más que un movimiento estético fue una reacción al conservadurismo cultural en su país y a la violencia que bañaba en sangre uno de los territorios más verdes del continente. Esta conversación tuvo lugar en Cincinnati, donde es profesor de Literatura en la universidad de dicha ciudad desde hace ya varias décadas, y desde donde continúa realizando viajes a distintos lugares del planeta. Poeta, narrador, ensayista y traductor, Armando Romero cosecha ya importantes reconocimientos a su obra literaria. La charla comienza en el relato de la cruenta violencia que marcó su infancia y cómo el amor familiar lo puso a salvo de esa vorágine sangrienta. Luego vino su incorporación efímera a las filas nadaístas y después el inicio de una búsqueda en otras tierras.

AR: Sí, se habla mucho de esa presencia, pero reflexionemos. *Aullido*, de Ginsberg, se publica en 1955, los *beatniks* surgen en 1958 con una proyección desde San Francisco hacia Nueva York, y la obra de Jack Kerouac empieza a darse a conocer a mediados de los años sesenta. De tal modo que ambos movimientos serían simultáneos y hay en todo caso lazos de afinidad, por supuesto. Me parece que en Gonzalo Arango hace mella sobre todo de la filosofía existencialista francesa, de ahí la importancia de la palabra nada, de ese nihilismo, de esa negación que envuelve el sentido de su pensamiento y de sus acciones. Son dos rebeliones con distintos motivos, la de ellos, los *beatniks*, es una

rebelión de individualidades por diversos motivos, mientras que el nadaísmo es una rebelión colectiva contra un estado de cosas, el *statu quo* impuesto por las oligarquías y los poderes de facto, contra la violencia. En ese momento, salvo Amílcar Osorio, nadie hablábamos inglés, así que era difícil tener acceso a la literatura *beatnik*. Pero sí recuerdo que en algún momento llegó a nuestras manos el ejemplar de *Aullido*. Éramos, por otro lado, muchachos muy incultos que nos fuimos preparando gracias al estímulo de ese movimiento, pero ninguno tenía una carrera universitaria. Era imposible más adelante no estar de acuerdo con los *beatniks*, pero no creo en su influencia.

JAL: ¿Y las mujeres nadaístas?

AR: Salvo Fany Buitrago, no había más. Ella mantenía cierta distancia por miedo a ese grupo inicial. Yo aún alcancé a conocer parte de esa base social que poco a poco se depuraría y se decantaría por lo literario. Yo era muy joven, el consumo de drogas y la presencia de homosexuales era algo corriente que de una u otra manera me incomodaban. No por prejuicios o porque me acosaran, sino porque las conversaciones giraban mucho en torno a las experiencias carcelarias, a situaciones degradantes, como si se tratase de una novela de José Revueltas. Y eso, claro, provocaba temor.

JAL: ¿Cómo es tu recuerdo de Gonzalo Arango?

AR: Tengo a Gonzalo en la memoria dividido en dos partes, una muy dulce y otra un tanto agria. El primer Gonzalo que conocí era sumamente amable, muy querido, me trataba con mucho cariño y me llamaba Armandito, pues era yo muy joven. Me parecía un personaje tierno, delicado con unos ojos claros que miraban de manera muy directa. Uno sentía que era auténtico, que era una figura real. No obstante, era muy difícil entender ciertas posiciones intelectuales de él. Con el tiempo descubrí que muchos de esos recovecos y retorcimientos venían de su vida, de relaciones secretas que él mantenía con mujeres de la alta sociedad, ligadas al poder y a círculos del gobierno. Amoríos que ponían en riesgo su vida y la nuestra, pero que él no nos confesaba. Entonces modificaba constantemente sus planes y sus posiciones, sus estrategias, pues evitaba conflictos y situaciones de riesgo que impidieran, por otro lado, su acceso a tales placeres y beneficios. No entendíamos nada y nos quedaba un mal sabor de boca.

Luego yo me fui por un viaje a Sudamérica y a mi regreso, Gonzalo me llamó emocionado para hablar de mi aventura. Pero me pidió que me trasladara a Bogotá para que yo le diera un golpe de Estado al Nadaísmo. Me dijo: “Armandito, yo quiero que tú me destrones. Únete a Jan Arb y comiencen con los más jóvenes la destrucción de mi imagen bajo la consigna de nuevas ideas que traes del Cono Sur. Yo te ayudaré y diré cómo hacerlo”. Me quedé helado, sin saber qué responder, me levanté de la mesa y le dije: “Esto es

una mierda, quédate con tu nadaísmo no me interesa”. Gonzalo me presentaba una cara de profunda tristeza. ¿Qué es lo que se proponía, qué buscaba realmente? Nunca lo supe y nunca volví a comentarlo con mis amigos nadaístas, como Jotamario. Hacia finales de los años sesenta yo ya no pude resistir más y me fui de Colombia.

JAL: Bogotá y Caracas, dos ciudades capitales de dos países que te marcaron. ¿Qué significan en tu biografía?

AR: Bogotá es desconocida para mí. Creo que es una ciudad que estuvo más cerca de México y Argentina que de la provincia colombiana. La conozco sólo como turista, no tuve la oportunidad de vivirla. Caracas sí, la conozco íntegramente porque viví allí siete años. Los últimos tres años los pasé con Constance, mi esposa, pero alejado de los círculos literarios y más cerca de los artistas plásticos, pues durante un buen tiempo hice crítica de pintura. Yo advertía que Venezuela se deslizaba ya hacia una crisis social y cultural y poco a poco se me hacía más difícil vivir allí, pero gracias a la compañía de Constance pude permanecer ese tiempo. Luego viví en Centroamérica y después en México. Finalmente me vine a los Estados Unidos donde vivo desde hace ya muchos años. También viví en Buenos Aires y puedo decir que la conozco más que Bogotá, la siento más cercana. Fui y soy un viajero, a diferencia del resto del grupo nadaísta que fueron lo contrario, se quedaron en casa. Ahora Jotamario viaja mucho por las invitaciones a encuentros de escritores, pero es algo reciente, casi todos ellos optaron por vivir en Colombia, un país que desde esta perspectiva me es un tanto lejano, casi fantasmal.

JAL: ¿Qué significa Grecia para ti?

AR: La vivo como una Colombia sin violencia, es una utopía personal; no es porque los griegos sean como los colombianos ni el paisaje corresponda al de mi país, pero la he vivido como una utopía personal, como una experiencia de carácter místico donde lo estético deviene en religión. Una ocasión estaba con un amigo pintor en su casa, que se encuentra en la parte más alta de una isla donde se ve Salamina,

es decir el Peloponeso. De pronto me pregunta mi amigo: “Armando, ¿qué ves con tanta atención?”. No quise responderle porque yo sólo veía belleza, pero él me insistía para que le diera una respuesta clara. Pero no era posible, es como si te preguntan ¿qué es poesía? Ante mi silencio porfiado él comenzó a gritarme: “¡Geometría, Armando, geometría!”. Y sí, justo en ese momento comencé a ver ángulos y líneas, circunferencias. “Esto es Euclides, me insistía”. Fue como una revelación del paisaje y de la historia, allí en esa multitud de islas nacieron hombres, genios, que supieron ver la realidad desde otra perspectiva, aprendieron a ver el mundo y a pensarlo. Grecia es para mí la belleza, la geometría de lo invisible, la patria idealizada, sin violencia.

JAL: Allí conociste o te reencontraste con el poeta Hugo Gutiérrez Vega, quien era entonces embajador de México en Grecia. ¿Cómo fue ese encuentro?

AR: Sí, en 1991, pasamos un año en Grecia y me encontré con Hugo, quien de inmediato me ofreció su amistad. Yo sabía muy poco de él y no conocía su poesía. Pero su presencia fue una experiencia extraordinaria, con su gentileza, su erudición y una memoria privilegiada hacía que las conversaciones fueran interminables y gozosas. Era, me parecía, un alumno dilecto de Alfonso Reyes. Un día los invitamos a cenar a él y a Lucinda, su esposa. Nosotros vivíamos en un barrio del centro de Atenas muy interesante y salimos a buscar algo especial para ellos. Pasamos a comprar vino y únicamente encontramos vino griego, que nos gustaba mucho, pero en la residencia de Hugo siempre había vinos de importación. No era fácil conseguir fuera de las Embajadas productos internacionales, pues Grecia era entonces un país pobre y fuera de la Comunidad Económica Europea.

“ARMANDO, ¿QUÉ VES CON TANTA ATENCIÓN?”. NO QUISE RESPONDERLE PORQUE YO SÓLO VEÍA BELLEZA, PERO ÉL ME INSISTÍA PARA QUE LE DIERA UNA RESPUESTA CLARA. PERO NO ERA POSIBLE, ES COMO SI TE PREGUNTAN ¿QUÉ ES POESÍA? ANTE MI SILENCIO PORFIADO ÉL COMENZÓ A GRITARME: “¡GEOMETRÍA, ARMANDO, GEOMETRÍA!”.

Pasamos por un café que tenía una terraza cerca de la Acrópolis a beber algo. Cuando me dirigía hacia los baños observé en la parte alta de unos estantes varias botellas que me recordaron las de un vino chileno que yo había probado alguna vez. Le pregunté a la dueña si las vendían y me respondió afirmativamente. Llamó a alguien para que las bajara y al limpiarlas aparecieron en efecto palabras en español. La sorpresa fue que era vino mexicano. Era insólito. Me contó que su hijo las había traído de Baja California hacía algunos años y nunca las abrieron, se quedaron allí olvidadas. Compramos tres botellas y llevamos de reserva otras tres de vino griego por si el vino mexicano estuviese avinagrado o fuera de pésima calidad. Pero ya estaba resuelto el regalo especial para nuestros invitados. Si no servían, al menos sería una nota graciosa. Cuando se las pusimos en la mesa se quedaron encantados y con mucha ilusión, pero con poca confianza abrimos la primera. Hugo fue el primero en degustar. Lo mirábamos

con expectación tras la breve ceremonia del olfateo, el movimiento en giros de la copa y los primeros sorbos. “Es uno de los mejores vinos que he probado”, exclamó con éxtasis. Todos bebimos nuestras copas y en efecto el vino era extraordinario. Fue una noche maravillosa. Al día siguiente Hugo fue con el chofer de la Embajada y compraron todas las botellas de ese vino mexicano que allí habíamos descubierto. Durante ese año fui testigo de la gestión del poeta y del embajador que se vinculaba con mucha avidez con los intelectuales y artistas griegos y apoyaba con entusiasmo a los traductores mexicanos que allí llegaban y establecían también vínculos con los escritores griegos. ●